

Silvia
ALIAGA

Tatiana
MARCO

De
Señal
al Cielo

Ilustraciones de Inma Moya

 NOCTURNA
EDICIONES

© Silvia Aliaga y Tatiana Marco, 2018
International Rights © Tormenta, 2018
rights@tormentalibros.com · tormentalibros.com
© de las ilustraciones: Inma Moya, 2018

© de la presente edición: Nocturna Ediciones, S.L.
c/ Corazón de María, 39, 8.º C, esc. dcha. 28002 Madrid
info@nocturnaediciones.com
www.nocturnaediciones.com

Primera edición en Nocturna: noviembre de 2018

Preimpresión: Elena Sanz Matilla
Impreso en España / *Printed in Spain*
Imprenta Kadmos, S.C.L.

Código IBIC: YFB
ISBN: 978-84-16858-77-4
Depósito Legal: M-22953-2018

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

*Para Pablo. Tenías razón, al final ha sido una tormenta maravillosa.
Y para las multinacionales del café, por hacerlo posible.*



너무 많은 stars, 너무 많은 dreams, 그 앞에 난 먼지일 뿐이라는 현실.

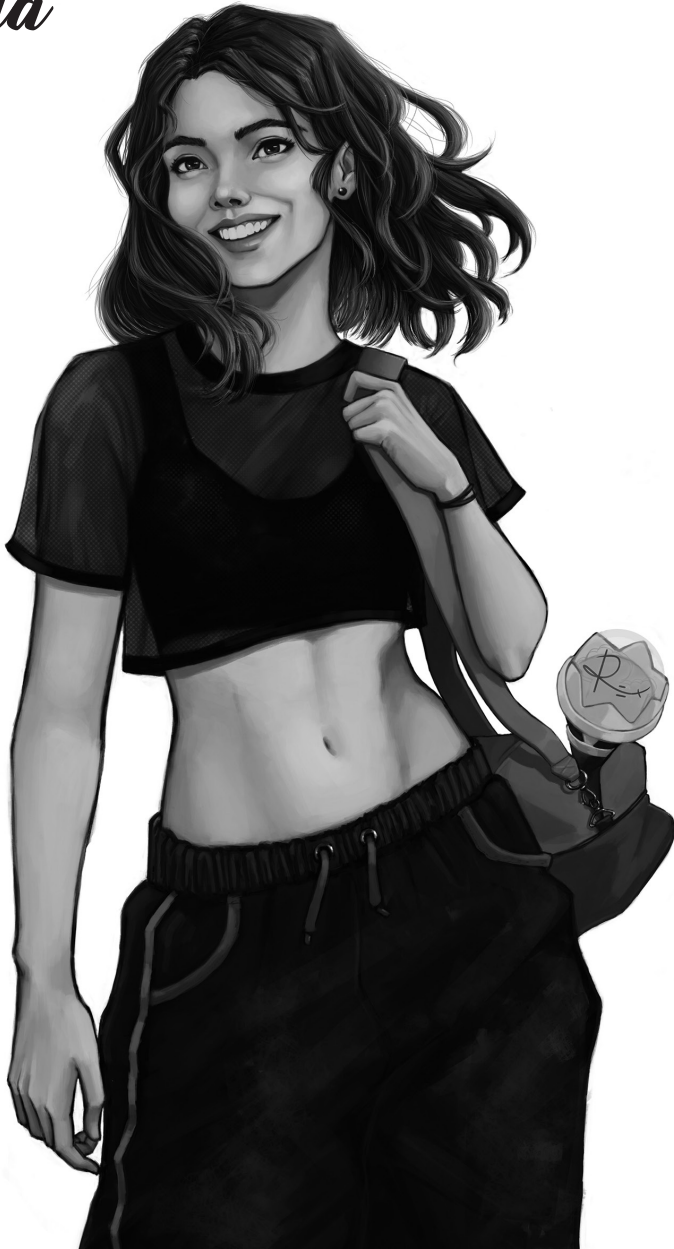
*Demasiadas estrellas, demasiados sueños.
La realidad es que, frente a estas cosas, sólo soy una mota de polvo.*

RM de BTS:
«Too Much»

Protagonistas



Paula



Cris



Minwoo



Dani



Jay



Alex



Hyunsoo



Young



1. Encuentro con el firmamento



Paula ^^

«Lo bueno de los días malos es que sólo duran veinticuatro horas», le dijo su madre una vez. Sin embargo, cuando Paula salió del hotel por la mañana, con el corazón latiendo de emoción por lo que estaba a punto de ocurrir, jamás hubiera podido imaginar que transcurriría una eternidad antes de que aquel día llegase a su fin.

Parada frente a la puerta de su hotel, respiró hondo y trató de conjurar toda la resolución y seguridad en sí misma que fue capaz. Mirase adonde mirase, sólo distinguía las siluetas de modernos e imponentes rascacielos recortadas contra el cielo de Seúl.

Uno de ellos destacaba sobre todos los demás. Que WIMTS tuviese su sede en el edificio más alto de la ciudad, dentro del enclave privilegiado que era la Isla, reforzaba la idea de que se trataba de la empresa de entretenimiento más importante del país.

Cuando Paula había planeado el viaje, sentada en la cama con el portátil sobre las piernas y un conocimiento de Corea del Sur alimentado por una cantidad nada desdeñable de las series de televisión coreanas y programas musicales que había consumido en los últimos años, todo le había parecido más pequeño y acogedor. Pero estar allí,

contemplando la realidad con sus propios ojos, resultaba muy diferente. El edificio de WIMTS era inmenso, y la fachada enteramente acristalada se elevaba de un modo amenazador sobre el hotel en que se alojaba, ya de por sí muy alto. Aun así, lo que más le impresionó fueron las decenas de carteles que adornaban los pisos inferiores. Carteles desde los que esos cuatro rostros, tan familiares para ella, la observaban con frialdad. Quizá fuera debido al *jet lag*, pero por un instante le pareció que aquellos ojos la juzgaban en silencio, igual que había hecho su propia familia cuando les detalló sus intenciones de viajar hasta allí. Contuvo la respiración sintiéndose insignificante y vulnerable, una pequeña abeja en medio de un enjambre. De pronto, la sombra de la duda atravesó su mente y por primera vez se preguntó si todo aquello era una buena idea.

Se obligó a disipar esos pensamientos de su cabeza y cruzó el paso de peatones que la separaba de la acera a la que se dirigía.

A primera vista, la entrada al edificio de WIMTS aparentaba estar desierta, pero poco a poco empezó a darse cuenta de que había varios grupos de fans que, aunque intentaban disimular, no dejaban de mirar en dirección a la puerta. Algunas de las adolescentes incluso vestían con el uniforme del colegio del que probablemente se habrían escapado. Su segunda sorpresa llegó al comprobar que, pese a que la cantidad de público allí presente era considerable, no había ningún tipo de seguridad vigilando el acceso.

Paula apretó los puños y los dientes con fuerza y se encaminó hacia la puerta. Fue entonces cuando se percató de que las miradas de todas las chicas se clavaban en su nuca. Desde la primera vez que vio una actuación de R*E*X, por pura casualidad, en el ordenador de su hermano pequeño, Paula se había considerado una verdadera

crowd. Ese era el nombre oficial del club de fans de aquel grupo de música coreano, formado por cuatro miembros, a cuya compañía pertenecía el altísimo rascacielos en el que estaba a punto de entrar. No obstante, después de todo lo que había pasado en las últimas semanas, ya no se sentía parte de aquellas de chicas que se agolpaban en la puerta. Desde luego, no estaban allí por el mismo motivo, se recordó mientras empujaba la superficie de cristal y entraba en WIMTS sin mirar atrás.

A juego con el resto del edificio, el recibidor era enorme, blanco y aséptico. Tras una cantidad ridícula de espacio sin aprovechar, al fondo, junto a los ascensores, se hallaba un largo mostrador blanco donde una mujer de mediana edad, que lucía un traje de chaqueta impecable y unos rizos perfectos, tecleaba concentrada en su ordenador. Cuando levantó la vista de la pantalla y vio a Paula parada en mitad del recibidor, se encaminó hacia ella con el pelo moviéndose de lado a lado, como si acabara de salir de un anuncio de champú.

—Buenos días —comenzó Paula despacio, haciendo uso de su mejor inglés—. Mi nombre es Paula García.

Antes de que pudiera continuar, la mujer le dijo algo en un coreano atropellado mientras gesticulaba con ambos brazos, poniéndolos frente a su pecho para formar una equis.

—No puedes —le indicó con torpeza en inglés al advertir su cara de confusión—. Fans no, aquí no.

—Pero yo no soy una fan —mintió Paula, alzando un poco la voz como si eso fuera a hacer que la mujer la comprendiera mejor—. Soy una bailarina, trabajé en el concierto de Barcelona...

Estaba claro que la mujer no la entendía y, para su frustración, tampoco estaba demasiado interesada en hacerlo. No dejaba de

hablar a toda velocidad por el auricular que llevaba en la oreja, lanzando ojeadas llenas de nerviosismo en dirección a los ascensores.

Cuando Paula siguió su mirada, comprobó que dos de aquellos ascensores estaban a punto de llegar a la planta calle y, en apenas un par de segundos, del primero de ellos emergió un guardia de seguridad. Se acercó hasta ellas corriendo y, antes de que pudiera reaccionar, la agarró del brazo y la arrastró hacia la puerta.

—¡No, esperen! —gritó a la desesperada, intentando oponer resistencia sin mucho éxito—. ¡Jay! ¡Pregúntenle a Jay! ¡Por favor, él sabe quién soy!

Fue en vano. Las puertas del otro ascensor estaban empezando a abrirse y, como si aquello fuera una señal, el guardia de seguridad la empujó afuera, lanzándola contra la masa de fans apiñada en la entrada. Estaba claro que alguien se disponía a salir del edificio y, a juzgar por la histeria que reinaba allí, debía de ser una persona importante. Una llama de esperanza se instaló en el pecho de Paula, aunque se desvaneció una milésima de segundo después, justo cuando las puertas volvieron a abrirse y se desató la locura.

Gritos. El ruido de las cámaras y la luz cegadora de decenas de *flashes* disparándose a la vez. Tirones de pelo y pisotones. Manos que agarraban su ropa y tiraban de ella hacia detrás para abrirse paso. La horrible sensación de querer respirar y no poder encontrar el aire entre tanta gente. Una chica la empujó contra otra y, al tropezar con ella, Paula cayó al suelo.

Por un instante temió morir aplastada por aquella estampida. Cuando por fin consiguió levantarse del suelo, con algún rasguño y la muñeca dolorida por el golpe, el grupo de fans se había dispersado

y algunas chicas habían empezado a perseguir una furgoneta negra que se alejaba del caos a toda velocidad.

—Genial —murmuró Paula para sí misma. De todos modos, tampoco parecía haber nadie cerca que pudiera entenderla en su idioma natal.

Suspiró, observándose las rodillas doloridas. Se había esforzado para estar guapa en su reencuentro con Jay. No quería que su primera visión de ella fuera la de una turista recién aterrizada, afectada por el *jet lag*. Pero en aquel momento tenía las medias rotas, manchadas de sangre y suciedad. Se alisó la falda con tristeza y se relocalizó la coleta alta, ahora deshecha.

Tal vez en otras circunstancias aquello le hubiera parecido una tontería. Siempre había tenido sentido del humor y sabía burlarse de sí misma. Pero en su situación actual, tan lejos de casa por primera vez en su vida, este contratiempo destruyó como un mazazo la poca seguridad que le quedaba. Fue muy consciente de lo cerca que había estado de hacerse verdadero daño, incluso de lesionarse, y de que todas las personas a las que podía recurrir si tenía un problema estaban a miles de kilómetros de distancia. La sensación de vértigo la invadió. Hasta entonces, había estado tan ocupada con aterrizar, localizar el hotel y prepararse para ir a WIMTS que no se había parado a estudiar su entorno y constatar la gran distancia que separaba Corea del Sur de Cheste, su pueblo natal próximo a Valencia.

La única persona que conocía en Seúl era la misma que le había impulsado a llegar hasta allí: Jay. Por desgracia, empezaba a darse cuenta de que acceder a él no iba a resultar tan fácil como había imaginado. Las cosas en Corea eran muy distintas. Sin importar lo que hubiera pasado en Barcelona, en Seúl ella no era más que otro

rostro desconocido entre las decenas de fans que esperaban en la puerta de WIMTS. Ahora se daba cuenta de lo ilusa que había sido al creer otra cosa. Entre Jay y el resto del mundo parecía haber una barrera infranqueable. Abatida, giró sobre sus propios talones y comenzó a andar sin rumbo, con la única idea de alejarse de semejante locura.

Necesitaba despejar la mente y, aunque el cielo parecía amenazar con una tormenta veraniega, encerrarse en el hotel no era una opción. Las construcciones de Seúl que se levantaban sobre ella parecían no tener fin. Aquella ciudad que, desde que conocía el K-pop, le había parecido tan maravillosa, llena de vida y esperanzas, un universo de fantasía en el que poder evadirse de su rutina en España, ahora sólo le resultaba gris y monótona. Todo aquello que había dejado atrás, aliviada, al viajar allí, de pronto le inspiró una terrible nostalgia. Cheste le evocaba el olor de las naranjas, el aceite de los motores y las galletas de su abuela. Barcelona era el sudor, la música y la ilusión de un nuevo futuro. Pero, en aquel instante, Seúl sólo era decepción.



Cris

Primera anotación en el cuaderno verde:

De acuerdo, si voy a hacerlo, mejor que empiece cuanto antes. Hagamos la presentación formal.

A quien sea que esté leyendo este diario:

Hola, me llamo Cris. Nací cerca de Gloucester, Inglaterra, hace ahora unos dieciocho años, y moriré en Seúl, Corea del Sur. Probablemente eso último vaya a ocurrir antes de que termine el año.

Lo sé, como presentación formal resulta bastante impactante.

Llevo un tiempo dándole vueltas a cómo empezar esto. Es decir, cómo contaros lo que me ocurrió y lo que me llevó a hacer lo que hice. Cómo acabé conociendo y entablando amistad con Choi Minwoo, descubriendo ese secreto sobre su pasado del que ni siquiera su hermana es consciente, o huyendo de aquel *fanmeeting* de R*E*X con Paula como testigo involuntario, o cómo me desmayé en los brazos de la persona a la que había perseguido hasta el otro lado del mundo.

¿Por dónde debería empezar a narrar esta historia? Quizá debería remontarme al momento en que, a los catorce años, me diagnosticaron

una deficiencia cardíaca cuyo nombre aún no he aprendido a pronunciar. A la tarde en que, tiempo después, un dolor punzante en mi pecho mientras trabajaba reveló qué mi problema era mucho más grave de lo que había sospechado todo ese tiempo. Pero quizá lo mejor sería comenzar por el día en que conocí a Jay. Al fin y al cabo, las dos últimas cosas ocurrieron en el mismo sitio.

¿Habéis estado alguna vez en un Starbucks?

Yo solía trabajar en uno. El único que hay en Leadworth, el pueblito donde nací. No he vivido siempre en Inglaterra. Mis primeros recuerdos transcurren en España: mis padres se mudaron allí poco después de que yo naciera. Durante aquel tiempo, solía regresar a Inglaterra una vez al año a visitar a mis abuelos.

Recuerdo perfectamente el verano en que cumplí los catorce años. El último sitio donde quería pasar las vacaciones era en aquel odioso pueblucho inglés. Pero mi madre, haciendo oídos sordos a mis desesperadas súplicas, nos lanzó a mí y mi equipaje dentro de un avión con destino a Gloucester, donde mis abuelos me esperaban para acompañarme en mi destierro. Ella no lo sabía, claro, pero acababa de salvarme la vida. Al menos, retrasó mi muerte unos cinco o seis años.

Porque el 31 de julio de ese mismo verano, mientras yo contaba los días para regresar a España, el coche de mis padres daba dos vueltas de campana y se estrellaba contra una mediana. Regresaban de ver una película. En un pequeño centro cultural a las afueras de Madrid, estaban proyectando una versión remasterizada de *El mago de Oz*. Ya sabéis, esa con Judy Garland cantando todo el rato. Era mi película favorita. No he sido capaz de volver a verla.

Como he dicho, estaba en Inglaterra con mis abuelos cuando mis padres murieron, así que fue allí donde me quedé. Leadworth no

es tan malo como os lo he pintado antes. Tened en cuenta que a una adolescente de catorce años cualquier lugar pequeño y tranquilo puede parecerle el infierno. Leadworth quizá no disponga de aeropuerto propio, pero tiene una oficina de correos, una iglesia, un hospital, una estación de bomberos y hasta un estanque para los patos en el que nunca hay ningún pato. Y desde un tiempo a esta parte, Leadworth también tiene su propio Starbucks.

Ya os habíais olvidado del Starbucks, ¿verdad? Todo ocurrió allí.

Nunca me hizo especial ilusión trabajar en uno. ¿Qué interés puede tener para una chica de mi edad trabajar en una multinacional del café en un pueblecito inglés? De todos modos, Starbucks no es propiamente inglés. Hoy por hoy está en todo el mundo y nació en Estados Unidos. En Seattle, creo. La Ciudad Esmeralda. ¿Os he dicho ya que odio *El mago de Oz*? Para que os hagáis una idea, Seattle vendría a ser para Estados Unidos lo que Gloucester para Inglaterra. Nadie se acuerda en primer lugar de esa ciudad cuando le mencionan el país. Sin embargo, ahí está y también pasan cosas en ella. Me parece que Jimi Hendrix y Kurt Cobain nacieron en Seattle. Me gusta bastante Jimi Hendrix. «Purple Haze» es genial.

En esta historia también aparece otra persona que creció en Seattle, por cierto. Más adelante os hablaré de él. Por ahora, volvamos un momento a Inglaterra.

En Gloucester también ha nacido y crecido mucha gente, como es obvio, y pasan millones de cosas. La mayoría de esas cosas no le importan al resto del mundo, pero pasan. Una vez vinieron a rodar unas cuantas escenas para alguna de las películas de Harry Potter y, no hace mucho tiempo, Park JaeHwa, más conocido como Jay, uno de los cuatro miembros del grupo de música más popular de Corea

del Sur, y me atrevería a decir que de toda Asia, viajó hasta allí para hacerse una sesión de fotos en la catedral.

Después de eso fue al único Starbucks de Gloucester y pidió un té *matcha* con leche de soja.

Un *matcha* es un tipo té, por si os lo estabais preguntando. No se trata de un té originario de Corea, en caso de que estéis barajando esa posibilidad. En Corea también tienen su propio té con el que realizan rituales y esas cosas, pero no es el *matcha*. Que os quede claro, Jay no fue al Starbucks a pedir esa bebida porque significase nada para él ni porque le recordase a su cultura o a su país. Fue al Starbucks a pedir un *matcha* porque simplemente le apetecía. Punto.

Ahora poneos en la piel de los dependientes de aquel Starbucks. Visualizaos allí durante una tarde lluviosa. En realidad, ahora no recuerdo si esa tarde llovía o no, pero cuando pienso en Inglaterra siempre llueve. Imaginaos allí, en una jornada algo aburrida y con el café casi vacío, cuando un grupo de unos diez hombres y mujeres asiáticos, con aspecto de estar muy concentrados en sus propios asuntos, cruza el umbral. Entre todos ellos hay un joven que destaca por encima de los demás. No sólo porque sea increíblemente atractivo, con ese cuerpo de dios griego, su corte de pelo a la moda y sus ojos negros y profundos. Tampoco porque observe lo que lo rodea con ese aire de ángel redentor. Básicamente, notas algo raro porque todas y cada una de las personas que lo acompañan tienen los cinco sentidos orientados a complacerle.

Entonces uno de ellos se dirige a ti, desde el otro lado del mostrador, con un levísimo acento casi imperceptible, y te pide un *matcha*. El único maldito té que no tienes en la despensa.

Gloucester, y mucho menos Leadworth, no es como Londres. Aquí nadie entra en un Starbucks a pedir té, en especial un té tan exótico como aquel. En Gloucestershire, si quieres té, vas a cualquier pub, taberna, club social o a la casa de tu abuela. En todos esos sitios te servirán un humeante y reconfortante té inglés y, si tienes suerte, lo acompañarán con tarta de moras, *scones* o bombones de menta. En nuestros Starbucks, lo que se pide es café. Café carísimo e insustancial, pero café, a fin de cuentas.

Entonces es cuando aquel trabajador cogió el teléfono y marcó el número del Starbucks más cercano al único de Gloucester, para pedir auxilio. Os he dicho ya que trabajaba en el Starbucks de Leadworth, ¿verdad? Bueno, pues he de aclarar que Leadworth se encuentra a unos veinte minutos en coche de Gloucester. Incluso menos si el tráfico está despejado.

Me figuro que podéis intuir por dónde van a ir los tiros de esta historia.



Paula ^^

Aunque la mayor parte de la gente la conocía como «la Isla», como si su importancia en la ciudad volviera innecesaria cualquier otra explicación al respecto, su verdadero nombre era Yeouido. Desde aquel islote del río Han, situada en la zona oeste de la ciudad, se movían los hilos de todo el país. A pesar de que también contenía uno de los parques más admirados de Seúl, donde en primavera se agolpaban los turistas para contemplar la floración del cerezo, los dueños del lugar parecían ser los oficinistas y ejecutivos. Paula esquivó a cientos de ellos durante su errático paseo, mientras intentaba alejarse del edificio de WIMTS.

Llevaba un rato caminando sin rumbo fijo por las avenidas principales de la Isla, cuando, de pronto, un local captó su atención. A través de la cristallera vio cómo la gente, sentada en mullidos sofás y sillones de mimbre, algunos con sus portátiles delante, daba sorbos de café en sus tazas de cartón. Aquello era como estar contemplando el local de un Starbucks, con la excepción de que en la cafetería que tenía delante el verde corporativo de la compañía norteamericana había sido sustituido por el rojo, la afamada sirena, por un delfín de

dos colas coronado por estrellas. Encima de la puerta, un letrero rezaba el nombre de la cafetería: STARDUST.

Un suspiro de alivio escapó de sus labios mientras abría la puerta y dejaba que sus sentidos se inundaran de aquella sensación familiar. En el mostrador, un chico le preparó un café *mocha*, atendiéndole en un perfecto inglés, y ese simple gesto hizo que se sintiera reconfortada casi al instante; al final había conseguido comunicarse con alguien de aquel país. Se sentó en el rincón más apartado del local con el café humeando entre sus manos, lejos del ajetreo de los ejecutivos, y durante un buen rato permaneció con los ojos cerrados tratando de relajarse al ritmo de la música tenue que se escapaba de los altavoces, colocados por toda la cafetería. No era K-pop, pero en ese momento casi lo agradecía.

En cuanto estuvo conectado al wifi, su móvil se colapsó con todos los mensajes recibidos. La mayoría eran de sus padres y de su hermano mayor, pero también había varios correos basura, y otros de su amiga Marina contándole que lo había dejado con el capullo de su novio y, poco después, que al final habían vuelto. El último correo era el boletín de noticias del club de fans oficial de R*E*X.

Todo el mundo tiene una canción, un disco que compone la banda sonora de su vida, que siempre está ahí tanto en los buenos como en los malos momentos. En el caso de Paula, esa era la música de R*E*X. Su historia más reciente bailaba al son de esas cuatro voces. Y su viaje a Seúl no era una excepción.

Todo había empezado una anodina tarde de principios de invierno, algún tiempo atrás, en su casa de Chestre. Paula estaba intentando

estudiar inglés y tratando de decidir cuál de sus dos hermanos le estaba resultando más molesto. Su hermano mayor, Samuel, se entretenía en el salón, sin parar de resoplar, dejando caer de forma estridente las pesas al suelo. Su hermano pequeño, Mario, encerrado en su cuarto con un par de amigos, inundaba la casa con el sonido del maratón de dibujos animados japoneses en el que se encontraban enfrascados.

Paula estaba acostumbrada a los gustos de su hermano pequeño, apasionado del manga y el anime. Algunas de las canciones de esas series ya formaban parte de la rutina familiar y ella era capaz de tararearlas incluso sin haberse parado nunca a escucharlas de verdad. Esa era una de las cosas que más la entristecería respecto a R*E*X tiempo después: no ser capaz de recordar cuándo los había escuchado cantar por primera vez.

Porque fue así como el grupo coreano entró en su vida. Aquella tarde, cuando Mario y sus amigos bajaron a comprar unos kebabs, Paula entró al cuarto vacío de su hermano, irritada porque habían dejado el ordenador encendido y a todo volumen. Fue en ese momento cuando vio al grupo. A los cuatro cantando aquella balada en japonés que cerraba los episodios de esa serie.

Pocas horas después, Paula ya lo sabía casi todo sobre ellos. Se sorprendió al descubrir que no eran realmente japoneses y que la mayor parte de sus canciones estaban en coreano. Su hermano mayor irrumpió en su habitación aquella noche, sorprendido de que llevase tanto rato encerrada, y abrió mucho los ojos al comprobar lo que estaba escuchando en su portátil.

—Dime que es una broma, Paula. Con un bicho raro en la familia ya tenemos suficiente...

Días más tarde, Paula ya estaba atrapada en el universo de R*E*X. Aun así, transcurriría un tiempo hasta que el grupo cambiase su vida para siempre.

Cuando supo que R*E*X iba a actuar en España, sus padres habían decidido tomarse el día libre y ella había tenido que quedarse en el taller mecánico de su familia a atender las llamadas y los correos mientras su hermano Samuel iba de un lado para otro con sus herramientas y manchado de grasa hasta las cejas. Estar en la oficina a altas horas de la tarde solía ser bastante aburrido, así que acabó llamando a su amiga Marta para que fuera a hacerle compañía. Esta no dudó un instante y Paula sospechó que tenía más que ver con el musculitos de su hermano, paseándose casi sin ropa por el caldeado garaje, que con el valor de su amistad.

—He pasado por la academia y me han dado esto. —Su amiga lanzó sobre la mesa unos cuantos folios arrugados con el logotipo de la academia de baile de Valencia en la que ambas ensayaban desde hacía años, mientras encaraba una silla hacia la cristalera a través de la que se veía todo el garaje—. Hay algún *casting* nuevo a la vista; Harry Jones viene de concierto y busca bailarines. ¿De verdad no te parece que tu hermano es superguapo?

—No sé, es mi hermano —contestó Paula mientras hojeaba las páginas de la revista con curiosidad—. Le he visto vomitar y con los mocos colgando...

—¡Qué mono! Me encantaría haberlo conocido de pequeño —prosiguió la otra con tono risueño, como si su amiga no hubiera dicho nada.

—Si tanto te gusta, díselo. Te prometo que si a cambio de eso dejas de nombrarlo cada medio segundo, os doy mi bendición...

—¿Lo dices en serio? ¿Crees que tengo alguna posibilidad?

—Marta...

—¿Qué? No tendrá novia, ¿verdad?

—Marta... Marta, ¡Marta! ¡Marta!

La chica se giró asustada al oír la voz ansiosa de Paula y la descubrió con los ojos brillantes, aferrada a uno de los papeles como si su vida dependiera de ello.

—¿Qué ocurre? ¿Estás bien?

—R*E*X viene a España...

—¿R*E*X? ¿El grupo chino que te gusta?

—No son chinos, son coreanos. —Esa frase casi se había convertido en un mantra para ella; había perdido la cuenta de las veces que había tenido que repetirla—. Y van a hacer audiciones abiertas de bailarinas para un concierto en Barcelona. Aquí pone que la empresa...

—¡Oh, Dios mío, oh, Dios mío! ¡Paula!

Ambas estallaron en gritos mientras, abrazadas, daban saltos por la oficina.

Tres días después, y tras un viaje en tren a Barcelona que se le hizo eterno, Paula se encontró haciendo piruetas, *hop turns* y *butterflies* en una amplia sala de baile llena de gente como ella, con números en sus dorsales como única identificación. Casi sin aliento, y sudando como nunca, recibió la noticia más maravillosa de su vida: había conseguido pasar todos los cortes. Estaba dentro, iba a actuar con R*E*X. Iba a conocerlos, no sólo como una fan acudiendo a su concierto, sino como un miembro más del espectáculo.



*M
Jay * **

Jay se frotó los ojos con insistencia. Su estilista iba a odiarle por tener que retocarle el maquillaje por enésima vez, pero le escocían tanto que no podía evitarlo. La noche anterior habían estado grabando un programa hasta altas horas de la madrugada y, sin apenas dormir, se habían dirigido a aquel estudio de fotografía en el que llevaban horas bajo los *flashes* de las cámaras.

Él entendía la importancia de aparecer en las portadas de todas las revistas del país, o al menos decía que lo entendía sólo para no aguantar los eternos sermones de Alex al respecto, pero, después de todos esos años, seguía pareciéndole ridículo que les hicieran millones de fotos durante horas cuando sólo cuatro o cinco acabarían viendo la luz. A su lado, Hyunsoo resopló visiblemente cansado mientras las manos de una habilidosa peluquera le cambiaban el peinado. En ese momento, era el único del grupo que no llevaba el pelo de un color natural. El brillante color rojizo que lucía aquellos días destacaba sobre sus rasgos delicados, casi perfectos. Al cruzarse su mirada con la de Jay, ambos sonrieron levemente pese al agotamiento. Hyunsoo era su mejor amigo casi desde que se habían conocido, cuando

apenas eran unos críos. Un par de sillones más allá, Alex, el líder del grupo, parecía sumido en un sueño intranquilo con el ceño algo fruncido. El atuendo oscuro y sobrio que iban a llevar aquel día encajaba a la perfección con el estilo elegante del líder. El único de los cuatro que seguía en pie era Young, el más joven, que no paraba de practicar una y otra vez la coreografía del *single* que promocionarían con la segunda versión de su último disco.

Los cuatro formaban R*E*X, el grupo que muchos consideraban había revolucionado el pop en Corea del Sur. A Jay le costaba asumir todo lo que habían cambiado sus vidas en los últimos años, desde que habían debutado en WIMTS tras su periodo de aprendizaje.

Young estaba tan despejado y activo que casi parecía que hubiera dormido diez horas seguidas. No era de extrañar que fuese el ojito derecho de todos, siempre tan alegre y sonriente. Para Jay, era un misterio que desprendiera sin cesar tanta energía. Por muy joven que fuese, llevaban el tiempo suficiente en esa agotadora industria para que sus pilas estuvieran más que gastadas.

Una de las ayudantes del estudio anunció que iban a reanudar la sesión. Jay remoloneó en su asiento fingiendo no haber oído nada. Aunque sabía que eso nunca ocurriría, a veces fantaseaba con que su ausencia pasase desapercibida y lo dejaran allí, echando una cabezadita mientras los demás trabajaban. Hyunsoo, por su parte, se levantó con tal rapidez como si hubiera espantado el cansancio de un plumazo. La gente se llenaba la boca alabando la dedicación y profesionalidad de su amigo a la hora de trabajar, pero él lo conocía mejor que nadie y sabía que, en el fondo, estaba más que harto de todo aquello. Simplemente llevaba el mundo del espectáculo en la sangre y comportarse de ese modo le salía de forma automática. Mientras

Alex, Young y el propio Jay todavía eran unos niños que correteaban con sus respectivos amigos por el patio de sus colegios, Hyunsoo ya se movía entre las bambalinas de los platós de televisión acompañando a su madre. Le habían transmitido esa forma de trabajar de forma casi genética.

Las estilistas habían comenzado a dar los últimos retoques a sus ropas y maquillajes cuando Jay se percató de que, como de costumbre, Young y él eran los únicos que enseñaban más piel de lo normal. Aunque cualquiera estaría de acuerdo en afirmar que Hyunsoo era el más guapo de los cuatro, a la compañía le gustaba presentarle con un aura principesca y distante. Por otro lado, la imagen de Alex era demasiado seria como para ir marcando musculito. Así que, al final, siempre eran él y Young los que acababan descamisados.

Transcurrió una hora más antes de que el director de la sesión se diera por satisfecho y los dejara libres. Tampoco le quedaban muchas opciones: durante los últimos minutos, el mánager de R*E*X había estado repitiendo que sólo contaban con hora y media para llegar a la siguiente cita, insistiendo en lo terrible que podía ser el tráfico de acceso a la Isla por la mañana.

En cuanto se subieron al furgón negro que ya consideraban su segundo hogar, Hyunsoo se quedó dormido, rascándole al día todos los minutos de sueño posibles. Young se había enfrascado en la lectura del manga de superpoderes que tanto le gustaba, ese que, después de haber intentado leer las dos primeras páginas para comprender mejor a su compañero, Jay había prometido no volver a tocar jamás. Alex, como de costumbre, estaba pegado a su móvil. Jay echó un vistazo por la ventanilla y comprobó que, tal como su mánager había vaticinado, delante de ellos había un gran atasco, así que

se acomodó en su asiento y cerró también los ojos. Justo cuando estaba a punto de quedarse dormido, percibió la voz de Alex a su lado.

—Me he dado cuenta, Jay. —Cuando abrió los ojos y miró al líder del grupo, este seguía atento a su teléfono, así que ni siquiera se molestó en mostrarle que le estaba escuchando—. Espero que no lo hayas perdido.

Alex no había dicho de qué hablaba, pero Jay lo sabía perfectamente.

—No sé. Tal vez se lo presté a alguna amiga, ya me entiendes.

Trató de sonar indiferente, como si el colgante no le importase una mierda, pero la realidad era muy distinta. Por supuesto que le preocupaba. El día que se dio cuenta de que no lo llevaba encima, pasó horas buscándolo sin éxito. Al principio, Hyunsoo había bromeado sobre cómo habría quedado abandonado en la ducha de algún hotel, pero al final se le había unido en la interminable búsqueda. Aunque era Jay el que lo llevaba, siempre había sido importante para los cuatro.

Todavía recordaba con claridad el día en que acabó en su poder. Fue la noche antes de su debut, cuando todos estaban en la cama intentando dormir sin demasiado éxito. Oyó cómo alguien se colaba en su habitación, esforzándose por no hacer ruido. Al encender la luz de la mesilla se topó con un Alex destrozado. Le temblaban las manos y tenía los ojos rojos e hinchados de haber llorado por algo que Jay, aún hoy, no había terminado de comprender.

Alex le puso el colgante en las manos y le rogó que lo guardara como su mayor tesoro. «Tal vez ahora no lo entiendas, pero yo no puedo quedármelo», le había dicho. Jay le prometió que lo protegería con su vida porque, en aquel entonces, hubiera hecho cualquier cosa para ver a su amigo sonreír de nuevo.

Sin embargo, las cosas habían cambiado. Hacía meses que sentía que Alex ya sólo vivía por y para WIMTS, como si los otros tres no fueran sino los peones de su propio ajedrez. Lejos habían quedado los secretos susurrados a altas horas de la noche, las escapadas a espaldas del mánager para comer pizza, y cuidarse los unos a los otros. Aunque nunca lo admitiría públicamente, haber perdido a Alex le dolía muchísimo. Claro que estaba preocupado por el colgante, pero no pensaba demostrarlo frente a él. Tal vez fuera una pataleta de niño pequeño, pero era la única forma de castigarle que se le ocurría.

—¿Qué más da, de todos modos? —insistió hurgando más en la herida.

Durante un segundo, Alex apartó la vista del aparato que tenía entre las manos, pero después volvió a clavar la mirada en él sin que de sus labios escapara una sola palabra.

—Es verdad. No importa.

En aquel preciso momento, Jay le hubiera dado un puñetazo.

Aquello era lo que más le molestaba: la frialdad y la indiferencia que se habían apoderado de Alex. Hubiera preferido que le gritara, que le golpeará hasta dejarlo inconsciente por haber perdido algo que había significado tanto. Al menos eso hubiera indicado que Alex seguía sintiendo algo, que seguía importándole lo que pasase entre ellos. Que seguía pensando que merecía la pena luchar, no tanto por R*E*X o por WIMTS, sino por ellos cuatro como amigos que llevaban trabajando juntos sin descanso durante muchos años. Pero ya no conocía a aquel chico y ni siquiera sabía cuándo había empezado a perderle. Frustrado, se puso los cascos y se aisló del mundo exterior.



Paula ^^

Paula pasó los siguientes días apostada frente a la puerta de la discográfica WIMTS, como una fan más. Se levantaba muy temprano y, tras cargarse de provisiones para no morir de hambre y sed, se sentaba en una de las jardineras que adornaban la calle, donde esperaba hasta bien entrada la noche. Si bien sus vigiliass no fueron muy fructuosas, al menos consiguió averiguar algo más sobre las chicas que la acompañaban.

Ya era capaz de distinguir a las fans que acudían a diario de las que sólo se pasaban por allí una vez. Al tercer día, también empezó a notar las sutiles diferencias entre los idiomas que más se repetían. No todas las habituales eran coreanas, también había un entusiasta grupo de jóvenes chinas que residían en la ciudad. Algunas de las chicas que iban allí a diario eran bastante intimidantes y, salvo que fuera para gritarse cosas que no lograba entender, hablaban más bien poco, incluso entre ellas. El sexto día conoció a un grupito reducido de italianos, a los que las coreanas, poco acostumbradas a los fans masculinos, recibieron con sonrisitas tímidas. Fue al hablar con ellos

cuando descubrió que tan sólo unos días después WIMTS iba a celebrar un *fansign* en un centro comercial de Yeouido.

Aquella era su gran oportunidad para reunirse con Jay. Antes de que los italianos hubieran terminado de explicárselo, Paula ya había decidido que, sin importar la hora intempestiva a la que tuviera que levantarse, iba a estar allí en primera fila. Por fin podía abandonar la guardia delante del edificio de WIMTS.

Cuando llegó el día del *fansign*, Paula se vistió con la mejor ropa que había metido en su maleta y se maquilló como si fuera a una fiesta. Incluso había barajado la posibilidad de ponerse unos buenos zapatos de tacón. Entonces recordó la estampida de fans que la había atrapado el primer día y los descartó en aras de un calzado más funcional. A buen recaudo en su bolso se encontraba el disco que había comprado la tarde anterior y que sería su *ticket* de entrada.

A pesar de su escasa experiencia en esa clase de eventos, había visto suficientes vídeos en YouTube para poder anticiparse a lo que estaba a punto de ocurrir, pero una vez más la realidad superó con creces sus expectativas. Las paredes del centro comercial quedaban literalmente ocultas bajo los mismos pósteres gigantes de los miembros de R*E*X que había en WIMTS. Cuando cruzó las puertas, vio que el enorme recinto estaba abarrotado. La interminable fila formaba una espiral en torno al escenario que habían montado encima de lo que debía ser una fuente en el acceso principal, y después se perdía por uno de los pasillos repletos de tiendas. Algunas fans intentaban subirse a las columnas para tener mejor visibilidad de sus ídolos y otras muchas habían tomado posiciones estratégicas en los pisos superiores, donde ya tenían

montada toda la parafernalia fotográfica. Había diversas pantallas donde no paraba de reproducirse el último videoclip del grupo, que lograba arrancar la misma cantidad de suspiros y exclamaciones entre la multitud con cada repetición.

Encima del escenario, un holograma en 3D mostraba las tres letras doradas que le resultaban tan familiares: R*E*X. Sobrecogida ante semejante despliegue de medios para una simple firma de discos, Paula pensó que no podrían haber escogido mejor nombre para ellos. Aunque desde España siempre había sido consciente de que su grupo favorito gozaba de un gran éxito en Asia, en el poco tiempo que llevaba allí había confirmado que los R*E*X eran como una especie de corriente que generaba mareas. ¿Y acaso REX en latín no significaba «rey»?



Cris

Segunda anotación en el cuaderno verde:

Para nosotras estaba siendo una mañana bastante tranquila. Kim, mi compañera y supervisora, recolocaba por tercera vez desde hacía dos horas los sacos de café del expositor. Yo, por mi parte, pasaba un trapo húmedo por encima de las mesas. En realidad, ya estaban limpias y tanto el agua como el trapo que estaba utilizando eran los mismos con los que había limpiado las ventanas. Pero no podéis culparme, en ese momento tenía la cabeza ocupada en otros asuntos.

El timbre del teléfono me sacó de mi ensimismamiento. Me giré a tiempo de ver a Kim cogerlo y ser testigo de cómo su cara reflejaba en un segundo una amplia gama de emociones. Confusión, diversión, mosqueo y, finalmente, una pregunta:

—¿Cuánta pasta han ofrecido por un *matcha*? —Su rostro, de normal tranquilo y casi inescrutable, reflejó el estupor más absoluto.

Dejó el auricular sobre el mostrador y desapareció por la puerta del almacén. Me quedé ahí de pie, al otro lado de la barra, con el trapo húmedo aún en la mano, escuchándola rebuscar entre las cajas. Pocos segundos después salió, jadeante, con una bolsa negra en la mano.

—¡Lo tenemos! —exclamó mientras agarraba el auricular—. Tenemos el jodido *matcha*.

Intercambió unas últimas palabras con su interlocutor y colgó. Fue entonces cuando pareció percatarse de mi presencia.

—Cris, coge las llaves de mi coche —fue lo primero que dijo nada más colgar—. Te necesitan en Gloucester.

Agarré al vuelo la bolsa de té que acababa de lanzarme y luego conduje durante quince minutos sin entender nada. En la puerta del Starbucks de Gloucester me esperaba Declan, el barista que había llamado por teléfono pidiendo auxilio.

Declan me arrebató la bolsa de té de las manos murmurando algo ininteligible y se apresuró a entrar en el café. Nos conocíamos del curso de formación de la empresa, y puedo afirmar que no era propio de él comportarse de ese modo: algo importante debía de estar pasando. Más tarde comprendería que la gente suele actuar de un modo muy distinto a su verdadera naturaleza cuando Jay irrumpe en sus vidas. El pobre Declan Desmond no iba a ser una excepción, y yo tampoco lo fui.

Esquivé a tres ruidosas adolescentes que se agolpaban ante el local y lo seguí hasta el interior.

—Creo que te has convertido en la heroína del día.

Otro de los camareros, Shawn, al que yo conocía algo mejor porque había estado saliendo un tiempo con una chica de Leadworth, me agarró de los hombros con la risa brillándole en los ojos. Me di cuenta de que yo aún llevaba puesto mi uniforme y enseguida me quité el delantal, antes de que alguien me pusiera a servir cafés a los clientes de Gloucester.

—¿A qué viene tanta prisa? —le pregunté a Shawn—. Kim me dijo que alguien ha ofrecido igualar las propinas de todo el mes si conseguían un *matcha*.

Ambos seguimos con la vista a Declan, que se afanaba en preparar la bebida.

—Oh. —Shawn señaló el grupo de sillones del fondo, en el apartado más discreto del local—. Resulta que tenemos visitas del Lejano Oriente.

Observé al grupo de asiáticos que se reunían en aquella zona. Un par tecleaba en un portátil, el resto hablaba por teléfono en un rápido idioma ininteligible para mí. Sólo uno permanecía tranquilo, sentado en el sillón con las piernas y los brazos cruzados. Nuestras miradas se encontraron por un segundo. Retiré la mía con rapidez.

—¿Quién..., quiénes son?

Shawn soltó un bufido y los observó con sorna.

—¿Has oído hablar de R*E*X?

—¿El perro?

—¿Perdona? ¿Qué perro?

—Rex, el perro de esa serie, el que va con aquel poli austriaco.

Shawn me lanzó una mirada indescifrable.

—No, el perro no. Me refiero al grupo chino, japonés o lo que sea. ¡El capullo ese que ha venido hasta un Starbucks inglés y no se le ocurre otra gilipollez que la de pedirse un jodido *matcha*!

—Espera —lo interrumpí—. ¿Un cantante? ¿Todo esto es porque un famoso ha entrado al local y quería su té?

Shawn puso los ojos en blanco a modo de asentimiento.

—Sólo sé que se ha plantado aquí con su cara bonita y su corte de lameculos y no han dejado tranquilo a Declan hasta que no han conseguido el té para su majestad el Rey de los Capullos —bufó—. Tía, una vez en Heathrow obligué a Elton John a respetar la cola de facturación. *Sir* Elton John... —repitió, haciendo énfasis en el título

como si aquello aumentase el mérito de su hazaña—. ¿Quién es este tío? Será el no va más en su país..., pero aquí es como tú y como yo, joder. ¿Quién coño lo conoce?

En ese momento, una imagen reciente me vino a la mente: las chicas que había esquivado al entrar en el café. Tres jovencitas nerviosas que escrutaban a través del cristal sin atreverse a entrar.

—Enseguida vuelvo.

Fui al exterior. Las tres chicas me miraron. Tenían los ojos como platos y parecían estar manteniendo un serio debate que mi presencia había interrumpido. Dos de ellas iban vestidas de manera informal y cargaban bolsas con libros. Tenían toda la pinta de haber salido del instituto antes de lo normal. La tercera llevaba el uniforme propio de las dependientas del centro comercial Harvey Nichols. Me apoyé en la pared, cerca de ellas, y tanteé con las manos en busca de mi paquete de chicles.

Mierda. Me lo había dejado dentro, en el delantal.

—¿Qué tal, chicas? —saludé cordial.

Ellas me observaron con ansia.

—¿Trabajas aquí? —Estudiante n.º 1 señaló el emblema del Starbucks sobre el pecho de mi camisa blanca.

—¡Cuéntanos cómo es Jay en persona!

—¿Jay? —repetí—. ¿Es así como se llama?

¡Lo sabía! Las chicas estaban ahí por él.

—Jay. —La chica del uniforme de Harvey Nichols repitió el nombre, extasiada. Sus ojos brillaban con devoción. Daba un poco de miedo—. Es uno de los miembros de R*E*X —os prometo que de alguna manera se las apañó para que pudiese escuchar los asteriscos entre las letras—, el grupo de K-pop más popular. Las *crowns* han

formado el club de fans más numeroso de toda Asia. Evidentemente, también hay *crowns* en Europa. No somos muchas, pero hemos creado foros de Internet —añadió orgullosa—, descargado todos sus álbumes, visto todos sus *doramas* y seguido todos sus *fan-meetings*.

No entendí una sola palabra de lo que Harvey Nichols me estaba diciendo.

—¿*Crowns*? —pregunté extrañada. Me miraron como si fuese una ignorante, y comprendí que ese era el nombre que usaban para los fans.

Las tres chicas se animaron al hablar en voz alta de su ídolo. Sin embargo, Estudiante n.º 2 supo reaccionar de manera más productiva. Buscó en los bolsillos de su mochila y me tendió un paquete de cigarrillos Lucky Strike.

Fruncí la nariz y lo rechacé; con mi insana adicción a los chicles ya tenía bastante.

—Has estado con ellos, ¿verdad? —intervino con voz melosa mientras acercaba la llama de su mechero a su propio cigarrillo. Yo dudaba de que tuvieran edad suficiente para comprar tabaco—. ¿Dejarán que nos acerquemos?

—Sólo he venido a traer un paquete. No he hablado con ellos. De todos modos, ¿por qué les va a importar que lo saludéis? Sólo sois tres. Estará encantado de saber que tiene fans en Europa.

Dulce inocencia la mía en ese momento al creer que Jay o cualquiera de los otros miembros de R*E*X a los que aún no conocía podrían llegar a sentirse cómodos al ver a tres desconocidas acercarse a ellos, ya fuera en Europa o en Corea. Tardaría un tiempo, cuando mi vida ya era bastante distinta, en entender que aquel grupo había

desarrollado una relación algo disfuncional con algunas de sus fans acérrimas. Pero, por aquel entonces, yo todavía no conocía la historia de Insomnia, el gran cantante que les precedió en su compañía discográfica, muerto a manos de un fan.

Las tres amigas, alentadas por mis palabras, intercambiaron miradas de esperanza.

—¿Y si nos acercamos? —aventuró una de las estudiantes—. Yo me conformo con que nos dé la mano.

No hubo tiempo de que las otras respondiesen. La puerta de la cafetería se abrió con energía y la comitiva de asiáticos comenzó a salir por ella. Primero un par de mujeres cargadas con maletines de maquillaje, después unos hombres trajeados y tras ellos, entre dos corpulentos guardaespaldas, el objeto del deseo de las tres muchachas: Jay.

Ni en nuestras peores pesadillas alguna de nosotras podría haber imaginado lo que estaba a punto de ocurrir.

SIGUE LEYENDO

Silvia
ALIAGA

De Seul al Cielo

Tatiana
MARCO



ISBN: 978-84-16858-77-4 | PVP: 17,00 € | A la venta: 12-11-2018

«Una bonita y original historia en la que los sueños, la música y el destino se entrelazan».

Blue Jeans

«Si te gusta el K-pop, tienes que leer esta novela. Si no sabes ni lo que es, ¡también!».

Andrea Izquierdo

«Una ventana al extraordinario mundo del K-pop. Una historia que cautiva más allá de los gustos musicales».

Gema Bonnín

«Una obra rebotante de entusiasmo que me ha abierto los ojos a un mundo nuevo».

Victoria Álvarez

